

Veinticinco años de narcotráfico en Colombia

*Hernando José Gómez**

Sí, ya llevamos 25 años con el problema del tráfico de narcóticos en Colombia. A comienzos de los años setenta fue el auge de la marihuana el que lideró el tráfico de sustancias sicotrópicas, concentrándose su actividad en la zona norte del país. Su cultivo se efectuaba en la Sierra Nevada de Santa Marta principalmente. Algunos de los efectos durante este período en la Costa Atlántica fueron un aumento en los jornales agropecuarios en la zona norte de la Costa Atlántica y un auge en la construcción, especialmente en la ciudad de Barranquilla. El auge de la marihuana terminó a finales de la década de los setenta a raíz de la fumigación aérea de los sembrados, los cuales en buena parte se desplazaron hacia México y Estados Unidos. Adicionalmente surgió un negocio mucho más lucrativo, la cocaína, con un valor mucho más elevado por unidad de peso que la marihuana.

Con el inicio del tráfico de cocaína a finales de la década de los setenta, comenzó un período de actividad mucho más compleja y con un movimiento de recursos económicos mucho

mayor. Así, diversos cálculos estiman que el negocio de la marihuana nunca dejó ingresos brutos superiores a US\$250 millones al año, mientras que en el caso de la cocaína esta cifra, especialmente en la primera mitad de la década de los ochentas, pudo verse multiplicada por diez.

El negocio se estableció con base en la siembra de coca del Perú y Bolivia, con un alto contenido de narcótico. Esto obligó a coordinar la importación ilegal de la base de coca hacia los laboratorios que se desperdigaron por casi toda la geografía colombiana y que en los últimos años se concentraron en la selva amazónica y la orinoquía. No obstante, en años recientes se extendieron rápidamente los cultivos de coca en el país. Por otra parte, para el procesamiento de la base de coca también se desarrolló el tráfico de precursores químicos provenientes de los países desarrollados y de otras naciones como el Brasil.

Más recientemente surgió la producción y tráfico de heroína y la siembra de amapola en el país. Si bien aún es prematuro estimar el tamaño actual de esta actividad y su probable desarrollo futuro, debe decirse que de nuevo se presenta un nuevo

* Miembro Junta Directiva del Banco de la República.

narcótico con un valor todavía mayor que la cocaína por unidad de peso. Su materia prima en esta ocasión se produce localmente, facilitando un proceso de integración vertical que sólo después de muchos años lograron los traficantes en cocaína.

Los ingresos al país por estas actividades en los últimos años se han estimado en la mayoría de los estudios en no más de US\$1.500 por año, alrededor de 2.5% del PIB, aunque se calcula que a comienzos de los ochentas, estas cifras podían ser el doble.

Estos recursos se han dedicado en su mayor parte a financiar el contrabando de bienes al país y se han invertido especialmente en finca raíz urbana y rural. Naturalmente esto ha generado un grado importante de actividad económica, pero nunca compensa los costos de toda índole en que han incurrido el país y toda la sociedad.

En primer lugar, se debe argumentar que las corrientes financieras originadas en el negocio de estupefacientes nunca han determinado las tendencias macroeconómicas del país. No de otra manera se entendería que el país hubiera sufrido una crisis de balanza de pagos a comienzos de los años ochenta y que su ciclo económico en los últimos quince años haya sido similar en su tendencia al del resto de países de América Latina.

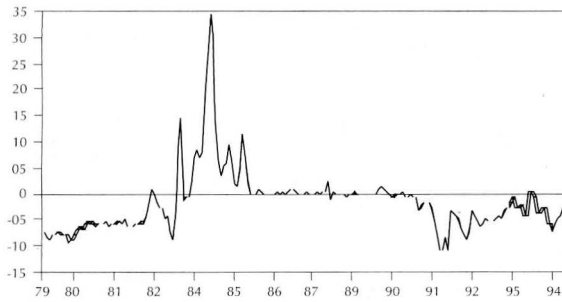
Por otra parte, es obvio que el narcotráfico ha tenido costos inmensos para el país. Antes de entrar en un análisis económico, es evidente la corrupción y la permeabilización de todos los estamentos de la sociedad que logró el dinero fácil del tráfico de drogas. Esto a su vez ha corroído todos los estamentos del Estado donde su infiltración en diversos grados ha sido probada en muchas entidades del gobierno y de los poderes del sector público desde hace muchos años. Adicionalmente, la violencia urbana y rural ha sido atizada por el dinero caliente. Esta

actividad ilegal ha dificultado enormemente el manejo de la subversión armada e incrementado a niveles cada vez más altos la violencia en el país. Basta decir que en Colombia los homicidios por número de habitantes son en la actualidad incluso mayores que en países en situación de guerra civil, como algunas repúblicas de la antigua Yugoslavia. En estas circunstancias no es de extrañar que exista cierta unanimidad en que el primer problema que afronta el sector agropecuario en Colombia es la inseguridad en el campo, que en buena parte está ligada al tráfico de narcóticos.

Es difícil estimar el impacto económico directo sobre las actividades productivas. No obstante, es fácil imaginar que la inversión extranjera en Colombia se resiente por estos factores de inseguridad. Así por ejemplo, un país como Chile recibe el doble de inversión extranjera directa no petrolera y de portafolio que Colombia, siendo que los dos países siguen políticas económicas similares. Esto equivale al menos a US\$500 millones por año, ésto es, 0.7% del PIB. Así mismo, las inversiones de los mismos nacionales frente a los elevados niveles de violencia se reducen en el país y no es de extrañar que se diversifiquen en el exterior, pudiendo costarnos otro tanto. Todo esto naturalmente repercute en una menor tasa de inversión y crecimiento del empleo. Ahora bien, el narcotráfico genera unas corrientes de recursos financieros que han contribuido a una inflación de activos tanto de finca raíz urbana como rural, afectando negativamente la productividad del campo y fomentando la asignación de recursos hacia actividades especulativas como lo constituye la rápida valorización de inmuebles.

Por otra parte, los contrabandistas tradicionales se han visto surtidos por dólares baratos que han afectado especialmente a sectores transables productores de bienes de consumo durable y no durable. En el Gráfico 1 se presenta la evolución de la tasa de cambio paralela vis a vis la de

Gráfico 1. PREMIUM DE LA TASA DE CAMBIO PARALELA (%)



Fuente: Banco de la República.

mercado desde 1979. En ella se aprecia que especialmente desde finales de la década de los ochentas el dólar negro se situó sistemáticamente por debajo de la tasa oficial o de mercado, mostrando que se pudo generar un efecto no despreciable de "enfermedad holandesa" debido a la revaluación que de la divisa negra generó el exceso de oferta de dólares producto del narcotráfico.

El empleo informal que genera el contrabando no compensa ni en cantidad ni en calidad el empleo en los sectores productivos, y ni las

menores inversiones que tienden a generarse en los sectores afectados. Finalmente, también hay que incluir el costo directo en represión y justicia que asciende a más de medio punto del PIB por año. Algunos estiman que estos cuatro factores le han costado al país más de un punto de crecimiento por año que en veinticinco años implica al menos 28.2% de menor ingreso per capita. (En vez de US\$1.500 per capita tendríamos US\$1.923 per capita).

En conclusión, el tráfico de estupefacientes no ha sido ni será una actividad ventajosa para el país. Es claro que los costos económicos y los que involucra la represión de esta actividad, los menores niveles de inversión nacional y extranjera y el efecto negativo sobre las actividades productoras de bienes transables, más que compensan cualquier efecto que sobre la actividad económica, vía la demanda agregada y el contrabando, haya tenido el tráfico de drogas. Esta conclusión es aún más contundente cuando se toman en cuenta todos los costos sociales que involucra la corrupción y violencia que generan estos flujos financieros y las actividades especulativas que impulsan en detrimento de las productivas y empresariales.